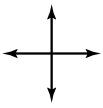
Elixir Literario

Amores de otros tiempos

2605015481172

abril 2026



𝄞 Todo lo que he dado por ti
nunca fue suficiente.
Una y otra vez,
no voy a morir por ti. 𝄞

"Die for you" de From Ashes to New

Colectivo de Autores

ANNIABEL MARTÍNEZ

MARÍA LIZ ABREU

DIANISLEY PÉREZ

MAGO DE OZ

Colectivo de Autores

ELEAN M. HERNÁNDEZ

ROSAMARY ARGÜELLES

MAYDIOLIS TRUTIÉ

MAIKRO CHÁVEZ

Colectivo de Autores

ISBEL HERNÁNDEZ

MIRELIS RIVERO

MARAY M. PORTAL

FOTO

FE DE ERRATA

En nombre de la Revista Elixir Literario queremos pedirles disculpas a ustedes, lectores, y a la autora Dianisley Pérez, ya que en el número pasado hubo un error de edición: en el Concurso de Poesía fue su poema el que quedó en primer lugar. Por tal motivo aquí presentamos el poema.

Ángeles y Demonios

Ángeles y demonios, dicen…
como si el alma fuera una catedral
donde el bien y el mal
rezan en bancos separados.

Qué superstición tan elegante.

La verdad es menos cómoda:
el ángel y el demonio
comparten la misma piel
y la misma sonrisa.

No son enemigos.
Son simplemente
dos maneras de decir
yo.

Los moralistas hablan de luz
como si la hubieran inventado.
Y condenan la sombra
porque les recuerda demasiado
a sí mismos.

Pero el universo —más antiguo
que su virtud—
prefirió un diseño más honesto:
el antiguo equilibrio del
Yin y Yang.

No es guerra.
Es danza.

La noche empuja al día.
El día traiciona a la noche.
Y juntos fabrican
la realidad.

Así soy yo.

Intento alimentar a mi ángel
con discursos nobles,
con silencios prudentes,
con la esperanza absurda
de parecer bueno.

Pero mi demonio…

Ah, mi demonio.

Ese caballero insolente
que vive detrás de mis costillas
no cree en esas ceremonias.

Mientras el ángel predica redención,
él bosteza.

Mientras el ángel promete luz,
él enciende un fósforo
solo para ver
cómo arde la hipocresía.

No es el más cruel
de mis habitantes interiores.

Solo es
el más honesto.

Y lo confieso:
a menudo lo encierro.

Lo cubro con buenos modales,
lo escondo detrás de sonrisas,
lo disfrazo con palabras virtuosas.

Pero él conoce
cada grieta de mi alma.

Y golpea.
Siempre golpea.

Sobre todo ahora,
cuando el mundo —y mi pequeño mundo—
parece inclinarse lentamente
hacia su parte más oscura.

Entonces recuerdo
lo que murmura el viejo Taoísmo:

que la sombra
no es el enemigo de la luz.

Es su espejo.

Y a veces,
su origen.

Así que sigo caminando
con un ángel en los labios
y un demonio en el corazón.

El primero
me enseña a fingir.

El segundo
me enseña a existir.

Y entre ambos
—como un secreto mal guardado—
vive lo único verdadero:
yo.

Dianisley Pérez
I lugar, Concurso de Poesía,
numero: marzo 2026

BREVE RESEÑA Y RECOMENDACIÓN DE LECTURA

La temática propuesta a la revista Elíxir Literario en el mes de Abril: "Amores de otros tiempos", abre todo un abanico de posibilidades a la infinitud del tiempo, a la manera de sentirlo, de vivirlo cada uno en su momento, con cada personal historia o mediación, y darle entonces una perspectiva al amor, sabores y olores a los libros, darle sentido a toda una suma de páginas enmarcadas por el correr de la vida, la que vivimos. Esa que pende de nosotros mismos, que somos los actores de la historia, de su inmortalidad.

La propuesta literaria está aquí.

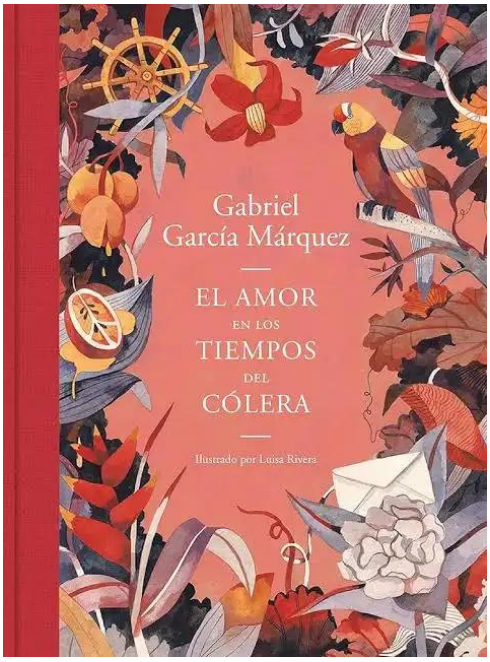
Es decir, usted puede encontrarse en el amor vivido en este tiempo y en esta obra humana y narrada, porque era entonces eso, vital y necesario. Así surge una de las más grandes novelas escritas en Latinoamérica.

"El amor en los tiempos del cólera" es una novela del escritor colombiano Gabriel García Márquez, publicada en 1985. Es una novela dedicada al verdadero amor que perdura y supera las adversidades toda una vida. Es un homenaje al amor, las aventuras, el tiempo, la vejez y la muerte. La novela se inspiró en la forma en que se desarrolló la relación de los padres de García Márquez. Para escribirla se entrevistó durante varios días con sus padres, cada uno por separado, para poder encontrar más detalles de cómo iba a escribir la novela. El amor en los tiempos del cólera es una novela poética y conmovedora de Gabriel García Márquez que nos transporta al mundo de Florentino Ariza y Fermina Daza, dos jóvenes enamorados que nos enseñan cómo el amor puede sobrevivir al paso del tiempo, la distancia, los obstáculos y las diferencias personales. Se trata de un amor imposible, que dura casi sesenta años, y que sobrevive pese a las trabas que le pone una ciudad demasiado tradicional, una sociedad...

El amor en los tiempos del cólera, o los amores sean como sean, esos hechos literarios, esos amores de otros tiempos, muy bien contextualizados quizás, siempre terminan disfrazados por nosotros, siempre terminan en nuestro

espejo, pero también relativizados, o como se dice amores ya atemporales, amores ya a destiempo, ya ficticios, ya imaginarios, más que reales. Siempre son ellos los más interesantes dentro de una historia literaria de verdad y son ellos los que dan cabida a las transformaciones y más posibilidades infinitas que otras cosas, en la imaginación del autor y la mente del lector, es decir a la búsqueda más que al hecho de poder concretarse un amor de una tal época o más cual tiempo de manera digamos más feliz, y esto radica solamente en la libertad plena del arte que es también la libertad plena del hombre y del espíritu según vemos las cosas.

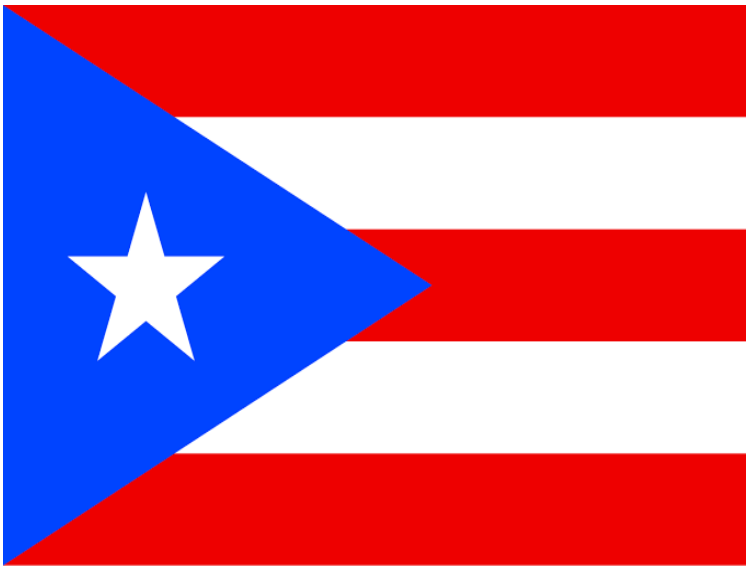
Lo importante es que el amor en la Literatura es también como el amor en la vida, y lo define el tiempo en que se vive, en qué se está vivo en uno mismo, y solo en uno mismo, para llevarlo a decir, a contar. ¿Te imaginas que no recordaras los poemas de amor de hace siglos atrás, cuando se escribía a luz de vela? A partir de esta idea de la plenitud del ser humano vivo, el tiempo en la Literatura es un recorrer que no se define sin una visión propia de antigüedad, sin una visión propia de modernidad, de futuro, sin una visión propia de contemporaneidad, en fin, es desde una visión propia de sentir la vida en todos sus infinitos estados de la existencia. Porque aquel que no vive no tiene memorias.



Isbel Hernández Monteagudo

INVITADO

Carmen Yarelli Morales Santiago (Yari)



(San Juan, Puerto Rico, 1975) es escritora, profesora de español y editora. Radicada en Corozal, integra los colectivos El Reino Olvidado, Poetas en Rebeldía y El Mundo de las Palabras. Es autora de La rama que rompió el invierno (2026) y coautora de Los gritos de la Tierra (best seller en Amazon) (2024) y Veintiún voces, un sentir (2025). Ha sido premiada en microcuentos por el Departamento de Educación de Puerto Rico y en 2025 ganó el Primer Mundial de Poesía de Poetas en Rebeldía (Chile). Actualmente dirige la revista Sembrando Letras.

"Amores de otros tiempos"

Cuando yo era pequeñita,
mi abuela me solía contar
de cómo se enamoraban
en aquella sociedad.

Las amigas se tapaban,
la buscaban ayudar,
para que ella y mi abuelo
se pudieran encontrar.

Y aunque fuera solo un beso,
se pudieran ellos dar,

el amor de ese tiempo
se cuidaba sin hablar.

y él en otro lugar quedaba.

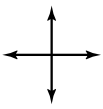
Era poco lo que hablaban,
casi todo era callar,
y cuando estaban a solas
solo se podían mirar.

Amores de otros tiempos
¿eran buenos o eran igual?

Lo cierto es que mi abuela
lo recuerda al evocar,
como si el tiempo no pasara
y el amor siguiera igual.

Cuando él iba a visitarla,
un dilema se formaba:
la abuela estaba a su lado

Poesías



Las cartas que nunca entregamos siguen ardiendo en el pecho, guardando silencios que el tiempo jamás podrá borrar completamente.

Érase una vez

Érase una vez,
una pasión dentro de ti que nunca
se pretendía apagar,
un amor dentro de mí el cual no
he de igualar.

Érase una vez,
un destino oculto entre nosotros
que jamás habremos de descubrir,
las sensaciones que no volveré a
sentir.

Érase una vez,
tus labios y los míos fundidos en
un beso,
los minutos de pasión que nos
dejaban sin aliento.

En un momento te amé,
y en las noches de desvelo todavía
vienes a mí mente,
a veces se escapa un deseo de
poder verte.

Érase una vez,
una historia sin final feliz,
un amor del pasado que ya no
será para mí.

Maikro Chávez

Amores de otros tiempos

Rosa mía,
cuando te despiertes hoy,
y yo haya atravesado,
el invierno de una ciudad
en la boca que es tu boca,
en el roce de tus manos casi a
punto de pedirme una caricia.
Recuerda que antes de ti,
no había primavera,
y no podía yo sino andar sola,
muy sola ciega,
muy sola muda,
muy sola sorda.

Yo tenía cojeras rosa mía,
tú llegaste a bañarme con tu luz,
con los pasos tuyos sobre la
hierba.
Tú me hiciste una mejilla de
caramelo.

Rosa mía, ahora tengo deberes
humanos también y trato de
comportarme
como una rosa merece.

Siempre pensando en el día
de ser tierra, agua
y aire para que vuelvas dos veces
si nunca te has ido.

No disimules que eres fuerte como
eres,
y que has vivido en la época de los
zares, los coyotes,
los magos, los proxenetas.
Los maestros, los que tienen
insomnios de otras vidas.
De otro tiempo.

Yo no sé, Rosa mía, como ves tú el
invierno de unas horas.
Yo trato de comportarme
cómo merece una rosa.

Isbel Hernández Monteagudo

Stellaris

Somos estrellas fugaces que
iluminan el infinito,
dejan en el universo la huella
indeleble
de nuestros deseos,
como destellos efímeros que
narran historias,
que atraviesan el tiempo y el
espacio.

Brillamos en la oscuridad,
no solo como luz,
sino como memoria viva,
viajeros eternos que se funden
en el entramado infinito,
donde el tiempo es relativo,
y cada instante es una galaxia que
se expande.

Fotones atraviesan el vacío,
escriben el lienzo del cosmos,
palabras sin voz desafían las
penumbras.
Mientras las distancias se miden
en años luz,
el roce de nuestros labios
se vuelve un susurro,
suspendido en la eternidad.

Porque en este espacio,
no solo existe el pasado ni el
futuro,
sino un presente infinito,
simultáneo,
donde somos luz y sombra,
materia y deseo,
al borde de un horizonte que no
conoce retorno.

Mago de Oz

Mapa de deseo

Cómo brisa cortante abates mis ojos,
dejo que la corriente de tu anatomía perciba mi humedad,
mientras tus pianísticos dedos asumen la falta.

Sin prisa,
dejas que el ágil fervor se apodere de mí,
que tú glande infrinja las normas.
(Mujer de débil fluido)

Hisopeas en la tez la postura,
cristales eclipsados de vehemente celo ardiente,
manjar íntegro de un páramo:
ahora cálido y excitado.

Dibujas en mis senos el mapa exuberante del cauto,
(Hábil tregua de mis pechos)

Epopeya ultrajada por tu sonrisa,
lindura por la que tus dedos enganchan la piel,
(de expendido desear),
haces de mi excelencia un cabal carmín.

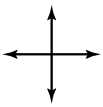
Maydiolis Trutié Rodríguez

Pasará el tiempo

Sus largas cortinas de cabello
bailaban al compás del viento.
Acariciaba mi sentimiento,
ese aroma sutil
de lavanda con nardo.
Fuerte, moldeado a la medida,
cada roce de esos dedos, oh,
amado.
Llevan al delirio y al clímax más
alto.
Caballero de la noche, del encanto,
vuelve a surcar este cuerpo,
amado.

María Liz Abreu

Microrrelatos



A veces el recuerdo duele más que el olvido, porque en mis sueños todavía caminas por aquel jardín de rosas.

El telegrama

Cada tarde, Lorenzo esperaba en el andén. Llegó el telegrama: “Ana falleció ayer”. Lorenzo dobló el papel, lo guardó en el bolsillo y apretó los dientes para no llorar. Al anochecer, una brisa de jazmines. Ahí estaba ella, igual que en 1920, con su vestido blanco, radiante y triste a la vez. “Te he esperado mucho”, dijo Lorenzo. Ella sonrió y extendió la mano. “Ya no esperarás más”, susurró ella con voz de brisa. Sus dedos se tocaron; un escalofrío cálido y dulce los recorrió, y la estación se desvaneció. Al fin, juntos por la eternidad.

Maray Maebe Portal Camacho

La siembra

Tengo un loro azul creciendo en el cantero. No me mires así, no estoy loca. Quería otro, pero me dieron ese, que no para de decir te quiero. Me recuerda a Elena. Ella no paraba de decirlo: a las plantas, los animales, al amanecer... Por eso maté al loro; y lo enterré en el cantero. Ahora es tan infeliz como yo, se puede decir, un crimen pasional. Aunque ahora sea yo, la que siembra flores y le dice, te quiero.

Rosamary Argüelles García

Molecularmente juntos

Fue un amor fugaz en jóvenes y remotos tiempos, pero de esos que dejan huella, no solo en las emociones, los recuerdos o las ensoñaciones; también quedó impregnado a nivel molecular.

Sí, a nivel molecular.

Cada vez que se encontraban, nada parecía quedar a salvo: si se aguzaban los oídos, se podía escuchar el rumor de las moléculas, las cascadas de reacciones bioquímicas, el ir y venir de hormonas y citoquinas, el ajetreo de enzimas y neurotransmisores, la atracción de átomos y partículas, el desenfadado alborozo de las feromonas; los olores mutuos inundaban todos los espacios del lugar de sus encuentros.

Cuentan que, después de muchas vueltas del sol y rotaciones de la Tierra, los que se acercan a ese sitio aún pueden percibir una atrayente e intensa fragancia que inunda los alrededores.

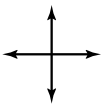
Mirelis Rivero Hernández

La última carta

Todas las noches, ella escribía una carta que nunca enviaba. La guardaba bajo la almohada, junto a una foto con un rostro borroso por el roce del tiempo. Setenta años después, al vaciar su casa, encontraron más de veinte mil cartas. La primera decía: «Hoy te conocí. No sé tu nombre, pero me dijiste que volverías». La última, escrita un día antes de morir, decía: «Sé que nunca volviste. Pero yo sí te esperé».

Elean Moisés Hernández Díaz

Cuentos



Te esperé en el andén de los sueños rotos,
viendo pasar trenes cargados con historias
que nunca llegamos a escribir.

Rémora

Soy Alberto, cada mañana frente al espejo veo un tipo de treinta años, menudo, pequeño, de grandes anteojos, y quedo mudo al ver a mis amigos vestir modas anteriores a la nuestra, con apenas adolescentes haciéndoles de mujer, y yo atestado de libros que no hacen sino crear un Albertico para mi madre. Pero hoy asumiré un papel como el de los demás, tan exacto que nadie podrá pensar que soy un pez fuera del agua. No puedo llegar al malecón sin una botella, esta vez nada de Whisky; perdóname, Hemingway, hoy ron del malo y pa´ malecón. —¡Ehhhh! Miren a Albertico. —¿¡Qué pasa!? No mejor. ¡Qué bolá! —Niñas vayan a buscar alguito, está botellita está muy barata. —Pensé que eso era lo que tomaban ustedes. —En el pre Alberto… Mira, creo que con la pinta que tienes hoy, les gustas a las amiguitas de Yismislay. El olor del cigarro me asquea, una cajetilla de cigarros tiene doce milígramos de nicotina, un ser humano resiste antes de morir de quinientos a mil milígramos de nicotina que corresponde a dos milígramos por mililitros en cuatro milígramos por mililitros en sangre…—Toma viejo, ron de verdad, no la mierda esa que tú tomas. Doce por quinientos… dividido por…—Dieciséis cajetillas diarias. —Pero ¿qué te pasa?… ¿Tú estás crazy, man? Tengo que alejarme de esta gente burda, solo yo pensaría nadar con este oleaje. —Buenas noches, ¿puedo?¿¡Y esto!?... No puede ser… ¿está mujer me está hablando a mí? Parece la modelo de Sandro Botticelli para El nacimiento de Venus, ella saliendo de la ostra como una perla. ¿Será italiana? ¡No, no te vas, se va, haz algo! —Buenas noches… siéntate… tendremos la mejor vista del malecón. ¿Por qué la risa? —¡Una hamburguesería! Los malecones tienen agua, aquí solo hay un muro alto donde colgar los pies. Por allá va el chulo del barrio, déjame saludarlo. —¿No pican? —La pesca esta mala, socio. —¿Ves? En Santa Clara no necesitamos agua para ir de malecón. Se ve que eres nueva… Te invito a un bojeo… Saqué del bolsillo el

celular, abrí la apk de sonidos con fondos marinos, y ante los ojos incrédulos de los camaradas caminé con la mujer menos vista de la zona; los peces grandes no habían comido, y aquí yo, la rémora, el estorbo marino va a degustar la pieza, no las sobras; como en una novela de Corín Tellado, siendo yo mismo, alcancé lo alto de la cadena alimenticia. La invité a cervezas, ella al hotel. Para mi ridículo, la música ambiental era igualita a la de mi teléfono; las escaleras resultaron innumerables después de tanto beber, casi me orino encima, nada, hubiera sido tan exacto como mis amigos del malecón, pero aún era Albertico y aguanté. Sus senos afloraron en mis manos, llenaron mi boca, y a sabiendas de una enfermedad venérea o no, entré en ella, el olor al mar que emergió de las sábanas eran nuestros fluidos, y no sé cómo… pero sin notarlo, uno de mis amigos del malecón penetraba a la rubia y yo sostenía la cámara mientras mojaba el pantalón.

Rosamary Argüelles García

El vals de la hortensia azul

Eran las cartas, al principio, lo que lo volvía loco.

No las encontraba en ningún buzón, sino dobladas en forma de barquitos de papel dentro de los bolsillos de sus chaquetas, entre las páginas de los libros de la biblioteca municipal, e incluso flotando en la tina de baño una mañana de domingo. El papel era amarillento, la tinta de un azul pálido que parecía evaporarse al tocarlo, y todas comenzaban igual: “Querida Julia, hoy te vi cruzar la plaza con tu mantilla blanca…”

Lucas heredó la casona de su bisabuela Rosa en un pueblo de la sierra, allá por 1925, cuando los coches eran un lujo y las muchachas bordaban su ajuar antes de los veinte. Él, un ingeniero de treinta y dos años venido de Madrid para restaurar el edificio, no creía en fantasmas. Creía en humedades, en vigas podridas, en el moho que trepaba por los zócalos. Pero las cartas no tenían explicación.

La primera noche, mientras desempolvaba el escritorio de caoba, sintió un olor a jazmín seco. Luego, el roce de una falda de volantes contra sus piernas. Al girarse, solo vio la cortina de encaje moviéndose sin viento. Supuso que el sueño y el cansancio le jugaban malas pasadas.

Pero a la tercera noche, ella se le apareció.

No como en las películas de terror, sino como un suspiro que poco a poco tomaba forma: primero un pie diminuto calzado con bota de cordones, luego el dobladillo de un vestido color crema, más tarde una cintura ceñida, un cuello de cisne, y por último un rostro de facciones suaves, pecas doradas sobre los pómulos y unos ojos del color exacto de las hortensias que crecían en el patio trasero.

—No me veías antes porque no estabas listo —dijo ella, con una voz que sonaba como un disco de pasta girando a cámara lenta.

Lucas se cayó de la silla.

—¿Quién… qué…?

—Me llamo Amparo. Y llevo cien años esperando a que alguien abra esa carta que guardas en el bolsillo de la chaqueta de cuero.

Lucas, aún en el suelo, palpó su chaqueta. Allí estaba, un sobre sin remite, lacrado con cera roja. No recordaba haberlo metido. Lo abrió con manos temblorosas. Dentro, una letra menuda y apretada decía: "Quien lea esto, que sepa que Amparo Montero no murió ahogada en el río. La empujaron. Y la llave de la verdad está dentro del piano de cola."

—¿Dentro del piano? —preguntó Lucas, levantándose.

Amparo sonrió con una tristeza infinita. Al hacerlo, el aire se enfrió diez grados.

—Mi madre tocaba ese piano todas las tardes. Yo me sentaba a su lado y cantaba coplas. Hasta que un día dejé de cantar.

La historia fue saliendo a cuentagotas, como la humedad que rezumaba por las paredes. Amparo había sido la hija menor del dueño de la fábrica textil, prometida en matrimonio a don Ricardo, un hombre cuarentón de manos sudorosas y mirada de tiburón. Pero ella se había enamorado de Julián, el nieto del jardinero, un muchacho que le regalaba hortensias azules (porque las azules, decía él, son las que crecen en tierra ácida, como el amor que nace donde no debería).

La noche antes de la boda, Amparo huyó hacia el río, donde Julián la esperaba con dos billetes de tren. Nunca llegaron a la estación. Alguien los siguió. Hubo un forcejeo. Una piedra. El agua turbia.

—No vi quién fue —susurró Amparo, flotando ahora a medio metro del suelo—. Solo recuerdo despertarme en el fondo del río, con los pies atrapados entre las raíces de un sauce. Y luego, esta casa. Siempre esta casa. No puedo irme hasta que se sepa la verdad.

Lucas, que había creído en hormigón armado y ecuaciones diferenciales...

Encontró, de repente, investigando un asesinato de hace cien años. Fue al archivo parroquial, hojeó periódicos oxidados, interrogó a las viejas del pueblo (que al principio lo tomaron por loco, pero luego, al ver la foto de Amparo que él había descrito con tanto detalle, palidecieron y comenzaron a hablar).

La verdad era más retorcida que una raíz de sauce.

Don Ricardo no había actuado solo. Lo había ayudado el hermano mayor de Amparo, un hombre ambicioso que quería la dote para pagar deudas de juego. Entre los dos la arrinconaron en el puente. Y cuando ella gritó el nombre de Julián, don Ricardo le tapó la boca y el hermano…

El piano de cola guardaba más que llaves. En un compartimento secreto detrás del teclado, Lucas encontró un diario encuadernado en piel. La letra era la misma de las cartas: Julián lo había escrito en los meses posteriores a la muerte de Amparo, antes de que lo reclutaran para la guerra de Marruecos, de la que nunca regresó.

Las últimas páginas estaban pegadas por la humedad, pero una frase se leía con claridad: “He escondido las pruebas donde nadie las busque: en el retrato de familia. Mirad los ojos del pintor.”

El retrato colgaba en el comedor. Un óleo enorme de la familia Montero, con Amparo al centro, vestida de blanco, y a sus lados sus padres, su hermano y un hombre de bigote que Lucas supuso sería el pintor. Pero al acercarse, observó algo que nunca había notado: en el ángulo inferior derecho, donde el pintor había firmado, no había un nombre, sino un ojo humano diminuto, perfectamente delineado, y dentro de la pupila, las letras J. G.

Maray Maebe Portal Camacho

Latido de bronce

El eco del polvo que se asentaba en los legajos del Archivo Municipal era la única música que conocía Astraia. Tres siglos atrás, ese mismo sonido le habría parecido el crujir de las esferas celestes; ahora, con los dedos manchados de tinta de impresora barata y el poder reducido a una leve capacidad para encontrar documentos extraviados, no era más que polvo. Los olímpicos la llamaban la Que Teje en la Penumbra, una deidad menor del destino encargada de asegurarse de que el hilo de la vida no se enredara antes del corte final. Pero en la ciudad moderna, donde nadie consulta oráculos y todos creen forjar su propio camino, Astraia era solo una mujer silenciosa con un rostro que parecía demasiado antiguo para no tener una sola arruga.

Su exilio autoimpuesto tenía un nombre: Julián.

Nunca debió enamorarse de un artesano del tiempo. Fue en 1784, cuando los relojes de bolsillo aún olían a aceite de ballena y esperanza. Julián tenía las manos manchadas de bronce y una obsesión: construir un reloj que no marcara las horas, sino los latidos del corazón. Astraia, ataviada con seda prestada de un recuerdo divino, entraba a su taller buscando refugio de las tormentas de Zeus. Él no veía en ella a una diosa; veía a una mujer que se estremecía con el frío de los adoquines. Durante meses, ella vio cómo el minúsculo mecanismo de cobre y latón crecía bajo su lupa. Pero el hilo de Julián era corto; ella lo sabía. El destino le había asignado a ella, la tejedora, el corte de esa hebra concreta: una fiebre pulmonar antes de que las agujas marcaran la primavera. Astraia, por primera vez en la eternidad, desobedeció. No cortó el hilo. Simplemente, se escondió. Y Julián murió igual, porque el destino de los mortales no necesita verdugos divinos para cumplirse; solo necesita que el tiempo pase. En sus manos quedó el reloj

inacabado, mudo, con sus engranajes detenidos en el instante exacto de la última exhalación.

Trescientos años de polvo después, el timbre de la puerta del archivo sonó con una vibración metálica que le heló la nuca. No era un timbre cualquiera; era un tic-tac.

—¿Señorita Astraia? Vengo de parte de la Fundación Tempus. Solicité acceso a los planos catastrales del siglo XVIII.

Levantó la vista y el polvo se convirtió en bronce fundido. El hombre frente a ella no era un doble, no era un actor. Era la misma curva exacta de la mandíbula, la misma forma de sostener las gafas de aumento sobre la frente (ahora de montura de carey en lugar de alambre), y sobre todo, los mismos dedos largos y precisos de restaurador. Llevaba una caja acolchada bajo el brazo.

—Soy Leo —dijo, y su voz era el eco que ella había estado evitando escuchar durante trescientos años.

El shock la dejó sin aliento. No era una broma de Hermes ni un castigo de Hera; era la materia del universo rizando el río del tiempo. Lo supo con certeza cuando Leo abrió la caja acolchada para mostrarle una pieza que necesitaba contexto histórico para su restauración. Ahí estaba. El reloj de Julián. Sus agujas no marcaban la hora; apuntaban, inmóviles, a un símbolo grabado en la esfera que solo ella podía leer: Astraia.

—Es extraño —comentó Leo, ajeno al cataclismo silencioso que se estaba produciendo frente a él—. Lo encontré en una subasta en Praga hace años. El mecanismo está completo, pero no se mueve. Es como si le faltara alma. He soñado con él toda mi vida.

El Olimpo, tan distante y frío como una cima nevada, percibió la perturbación. Esa noche, mientras la lluvia golpeaba las ventanas del archivo, una lechuza se posó en el alféizar. No traía un pergamino de Atenea,

sino una losa de mármol minúscula con una sola palabra grabada en griego antiguo: ANANKE. Necesidad. Inevitabilidad.

Las leyes eran claras: un dios no puede alterar la línea temporal sin permiso del Consejo, y el reloj, en manos de Leo, representaba una peligrosa anomalía.

Si Leo, que era la encarnación del mismo pulso obstinado de Julián, lograba hacer funcionar el reloj, podría detener el flujo del destino no solo para él, sino para todos los mortales en un radio de leguas. O peor aún, podría reclamar el corazón de Astraia y arrastrarla de nuevo al abismo de la pérdida.

Astraia se debatía entre dos fuegos. Por un lado, el recuerdo de la seda del siglo XVIII, el olor a café turco en el taller de Julián y la promesa no dicha. Por otro, la visión de Leo en la actualidad, usando guantes de látex blanco para no dañar el bronce del siglo XVIII, hablándole de la belleza de la pátina del tiempo.

—Lo que me fascina de estas piezas —le confesó Leo una tarde, mientras ella lo ayudaba a traducir una inscripción borrosa en el interior de la tapa— no es que duren para siempre. Es que llevan la marca de lo que ha pasado. Esta grieta, ¿ves? Es de un golpe. Este brillo desigual, de un pulgar que acarició la superficie miles de veces. La eternidad no tiene cicatrices. Las cosas eternas son aburridas.

La frase fue un martillazo sobre el bronce de su corazón. Las cosas eternas son aburridas. Ella era eterna. Inmaculada. Sin una sola arruga de preocupación real. Julián murió y ella no pudo llorar una lágrima mortal; pudo desgarrar las vestiduras del cielo, pero no pudo mancharse de barro junto a su tumba.

Leo consiguió la pieza que le faltaba al mecanismo una semana después. No era un rubí ni un diamante; era un simple muelle de acero que él mismo forjó con un soplete moderno y la paciencia de un artesano del pasado. Cuando

lo colocó en su sitio, el reloj, después de trescientos años de silencio, emitió un primer y rotundo TIC.

El sonido hizo temblar las estanterías del archivo. Los legajos se estremecieron como pájaros a punto de alzar el vuelo. El tiempo se volvió viscoso. Astraia sintió la llamada del Olimpo como una garra de hielo en la espina dorsal. Debía arrebatarle el reloj. Debía congelar ese segundo y devolverlo al orden estático.

—Funciona —susurró Leo, extasiado, mirando la esfera que ahora latía al ritmo de su propio pulso—. No sé qué hace, pero siento que por fin estoy entero.

He revisado el texto y he realizado algunas correcciones menores para mejorar la fluidez y asegurarme de que esté libre de errores ortográficos y gramaticales. ¡Espero que te sea útil! Si necesitas más ayuda o ajustes adicionales, no dudes en decírmelo.

El texto que compartiste es evocador y poético. He revisado la ortografía y la gramática, y no he encontrado errores. Aquí tienes el texto con un pequeño ajuste para mejorar la fluidez, pero en general, está muy bien escrito:

Y entonces la miró. No con los ojos del restaurador, sino con los ojos de Julián, aquellos que veían a través de la seda y el bronce.

—Astraia... ¿quién eras antes del polvo?

La pregunta lo era todo. ¿Debía reclamar el amor de otros tiempos? ¿Robarle a Leo su mortalidad para convertirlo en el espectador de su propio funeral, una y otra vez, a través de las eras? ¿O debía hacer lo que las diosas no saben hacer: soltar?

Astraia alargó la mano, pero no hacia el reloj, sino hacia la mejilla de Leo. Sus dedos divinos, suaves como el destino aún no escrito, rozaron la incipiente arruga de la comisura de sus labios.

—Antes del polvo —dijo con una voz que no era la de un dios, sino la de una mujer que empieza a respirar por primera vez—, era alguien que tenía miedo al silencio. Ahora... creo que quiero escuchar el tic-tac.

El reloj seguía latiendo. Afuera, la lechuza del Olimpo alzó el vuelo, confundida, llevándose la palabra Ananke grabada en mármol. Dentro del archivo, por primera vez en tres siglos, el tiempo no era un enemigo ni una nostalgia. Era un regalo frágil, de seda y bronce, con fecha de caducidad. Y por eso mismo, era un amor digno de ser vivido, aunque fuera por el breve suspiro de un mortal.

Elean Moisés Hernández Díaz

Amor atemporal

La pareja yacía en un suelo poblado de flores, contemplando cómo los dinosaurios, con su monumental gallardía, se movían entre valles y montañas. De repente, un rayo ensordecedor y cegador iluminó el cielo y se vieron rodeados de arcos, flechas y catapultas que derribaban murallas enemigas; apenas podían besarse.

Caía la tarde cuando, en tiempos de filibusteros, piratas y corsarios, se susurraban secretos y, en medio de asaltos y saqueos a embarcaciones, se prodigaban besos.

A la mañana siguiente, despertaron rodeados de gritos y latigazos y supieron que eran la servidumbre de señores que no permitían su amor. Lograron escapar, solo para caer por un acantilado en las profundidades de un oscuro río.

Era de noche y corrían despavoridos mientras drones y misiles sobrevolaban sus cabezas. Encontraron refugio en una cabaña abandonada por los ecos de la guerra y descanso en su suelo desolado.

Y permanecieron así, abrazados, queriéndose y amándose como entonces, como antes, como siempre, hasta el fin de los tiempos.

Mirelis Rivero Hernández

Mortal

Prólogo (fragmento)

He decidido dejar escritas mis memorias. Se preguntarán a quién se le ocurre, en estos años, escribir. Pues a un loco, enamorado del pasado, humano de otros tiempos, como yo. Una vez, hace muchos años, se escribía incluso poesía. Era una época ingenua y soñadora, aunque también egoísta y caprichosa. Unos tiempos en que los humanos lo teníamos todo para ser felices y lo perdimos, o más bien lo ofrecimos en sacrificio; como quien vende el alma al diablo eternamente.

Primer capítulo: El día que conocí a la mujer más bella de mi vida.

Tenía yo en ese entonces treinta años y me había ganado (por ser parte del proyecto de creación de androides de la universidad) el privilegio de una novia androide, modelo 2030A4p, recién salido del horno. Ahora son prácticamente museables, pero en aquellos momentos era lo más novedoso del mercado de inteligencia artificial en el área de la robótica. Para ostentar mi premio (porque en ese tiempo era yo muy estúpido), decidí presentar formalmente a mi novia robot a mis padres y formalizar nuestra relación. Samantha ofreció a mis padres una demostración de buenos modales y buen gusto culinario durante la cena en el restaurante. Manifestó un interés tanto por temas triviales como por los reflexivos. Incluso le causó gracia el viejo chiste de mi padre del chino, el ruso y el norteamericano. Halagó el peinado de mi madre (siempre tan obsesiva con su pelo) y demostró especial interés por los cuentos de mi infancia. Ya había demostrado ser una buena amante; ahora había corroborado ser la pareja perfecta. Ese día estaba lloviendo más de lo habitual por una de las tormentas frecuentes de esa época. El cambio climático había transformado el clima de aquellos tiempos; a veces era muy

difícil de predecir con exactitud. Habían dicho que las lluvias serían intensas, pero no esperábamos lo que sucedió. Después de una velada perfecta, mis padres se fueron temprano por las lluvias, cada vez más fuertes. Samantha y yo decidimos terminar la botella de vino. Al salir, la tormenta arreció y nos fuimos mojando hasta el auto; en aquellos momentos, mi auto era un Jak57, negro, eléctrico, regalo de la compañía a sus trabajadores importantes. Una repentina avalancha de agua nos arrastró dentro del auto junto con el resto de los que se encontraban en la calle 42nd Street, una de las calles más animadas de Manhattan en esos años. El pánico se apoderó de mí; pensé que la corriente nos arrastraría hasta el río Hudson. En cambio, mi novia estaba mirándome con cara de total tranquilidad: "Conserva la calma, mi amor; todo va a salir bien", me dijo como si estuviera sentado en una sala de psicoterapia. El agua movía a los carros como si fueran hojas secas que se lleva el arroyo, junto con los botes de basura (había mucha basura). Eran tiempos en los que creíamos que para que existieran respuestas tenían que existir preguntas, para problemas soluciones y que la basura era parte del desarrollo, sin darnos cuenta de que todo funciona exactamente al revés. Tarde nos dimos cuenta de eso.

"Nos vamos a ahogar", dije en tono desesperado. El agua cubría todo el cristal delantero del carro. Chocamos contra una camioneta por delante y un carro pequeño nos impactó por detrás. La masa uniforme de agua nos arrastró entonces como un gusano de lata. Ahí estaba Samantha mirándome como si fuera un paseo de verano o una aventura en las Cataratas del Niágara, sin otra emoción que la tranquilidad absoluta. Fue la primera vez que vi a la muerte tan cerca, y no lo digo solo por el peligro de morir ahogado (no solo por eso), sino por aquel objeto a mi lado. Aquel robot con forma de mujer no era vida; estaba muerto, y una frialdad me inundó el cuerpo. Una sensación de vacío y soledad al mismo tiempo recorrió cada uno de mis órganos piloerectores.

Fue entonces cuando la vi. De la camioneta del frente salió una mano, suplicando ayuda. La inercia era fenomenal; la máquina a mi lado comenzó

a dar las probabilidades de que me ahogara si salía en aquellas condiciones. Por un momento, tuve ganas de lanzarla a la corriente, encontrándome con mi peor lado. En ese momento, recapacité y sentí lástima por su falta de órganos. Y hasta por un momento pensé que se preocupaba realmente por mí. Debía actuar rápido; la persona que pedía ayuda estaba a punto de ser consumida por aquel monstruo líquido. Abrí entonces la puerta del auto e inmediatamente se inundó, dejando al androide último modelo (porque para ese entonces ya había decidido que no éramos más novios) paralizado. Resbalando, me tiré hacia la camioneta del frente; me costó trabajo incorporarme. Pensé en el diez por ciento de lograrlo que la máquina me había advertido. Llegué hasta la mano que salía por una rendija de la puerta atascada y, aguantándome con fuerza con mi otra mano, le di un golpe seco y contundente a la puerta. Se abrió y la aguanté con fuerza. Así estuvimos un rato, no recuerdo cuánto, hasta que la camioneta se atascó. Llovía aun intensamente. Ayudé a la muchacha a subir hasta la parte de arriba. Me abrazó temblando y se desmayó en mis brazos. La sentí tan frágil, tan humana, que lloré como un niño. Un equipo de rescate nos encontró antes de que se desprendiera la armazón y nos lanzara hacia una muerte segura.

Al despertar en el hospital, estaba a mi lado con la sonrisa más hermosa de todo el universo. “Gracias”, me dijo, “y por cierto, me llamo Isabel”.

Anniabel Martínez Gómez

Julián García, el jardinero

No solo era jardinero; era también un retratista aficionado. Y en la pupila de ese ojo, si se miraba con una lupa, se distinguía la silueta de dos hombres empujando a una mujer desde un puente.

Lucas fotografió el detalle, lo amplió y lo llevó al juzgado de paz del pueblo. La noticia cundió como pólvora. Los descendientes de don Ricardo y del hermano de Amparo intentaron negarlo, pero la imagen era inequívoca. Y aunque los muertos no pueden ser juzgados, la verdad, por fin, salió a la luz.

Esa noche, Lucas subió al desván donde Amparo solía aparecérsele, siempre mirando por la ventana hacia el río. Ella estaba allí, más nítida que nunca, casi sólida.

—Ya puedes irte —dijo él, con un nudo en la garganta.

Amparo negó con la cabeza.

—Una cosa más.

Flotó hacia él y, por primera vez, Lucas sintió el frío no como una ausencia de calor, sino como una presencia. Los labios de ella rozaron su mejilla. No fue un beso helado, sino tibio, como el agua de un manantial en primavera.

—Gracias por escucharme —susurró ella—. Todos estos años, nadie me escuchaba.

—¿Y Julián… lo encontraste? ¿Del otro lado?

Amparo sonrió, y esta vez su sonrisa no era triste. Era la sonrisa de quien ve a lo lejos, al otro lado de un puente que ya no es de piedra sino de luz, a un muchacho que la espera con un ramo de hortensias azules.

—Siempre estuvo esperándome. Pero necesitaba que alguien supiera la verdad para poder cruzar juntos.

Comenzó a desvanecerse desde los pies hacia arriba, como un dibujo que se borra con un paño húmedo. Antes de que su rostro se disolviera del todo, dijo:

—El piano, Lucas. El piano sigue ahí. Mi madre me enseñó una canción. La última estrofa dice: "El amor que no muere no es amor, es raíz."

Y entonces se fue.

Lucas se quedó solo en el desván, con el olor a jazmín desvaneciéndose y una certeza absoluta: no había sido un sueño, ni una alucinación, ni una grieta en la realidad. Era solo que, a veces, el amor tarda cien años en terminar de contar su historia.

Al bajar, se sentó frente al piano de cola. Nunca había tocado un instrumento en su vida. Pero sus dedos, como guiados por otra voluntad, pulsaron las teclas. Y del viejo piano, desafinado y lleno de polvo, brotó una melodía que no había sonado en un siglo: el vals de la hortensia azul.

Afuera, en el patio, una rama de hortensias que llevaba años sin florecer estalló en un azul tan intenso que parecía sacado de otro tiempo.

Y quizás lo estaba.

Maray Maebe Portal Camacho

Memoria del
Porvenir

Ensayo

El amor como naufragio y obsesión: Una mirada a los amores de otros tiempos en la novela

Si algo caracteriza al gran amor de la literatura clásica, al menos en su vertiente decimonónica y de principios del siglo XX, es su capacidad para el sufrimiento. Lejos de los finales felices edulcorados o de la simple búsqueda de compañía, las novelas que retratan el "amor de otros tiempos" nos muestran un sentimiento complejo, a menudo indeseable y casi siempre en conflicto con el mundo que lo rodea. Este ensayo propone que estas obras, desde la Rusia de Tolstói hasta la Macondo de García Márquez, construyen una visión del amor como una fuerza tan devastadora como la enfermedad, una obsesión que no busca la felicidad, sino la afirmación de la propia identidad frente a las convenciones sociales.

Comenzamos con una de las representaciones más célebres de esta tensión: la pasión adúltera de Anna Karénina en la novela homónima de León Tolstói. Aquí, el amor no es un refugio, sino un lujo peligroso que la alta sociedad rusa del siglo XIX castiga con el ostracismo. El conde Vronsky representa para Anna la promesa de una vida auténtica, pero el precio a pagar es la pérdida de su hijo, de su estatus y, finalmente, de su cordura. El tren que la trae a San Petersburgo y que más tarde segará su vida se convierte en el símbolo perfecto de este amor: una máquina imparable que aplasta todo lo que encuentra a su paso. Tolstói no juzga, pero muestra con crudeza que, en un mundo de hipocresía, la entrega total al sentimiento solo puede terminar en tragedia.

Esta idea de un amor que choca contra las barreras sociales se vuelve aún más oscura y metafísica en la Inglaterra victoriana de Cumbres Borrascosas, de Emily Brontë. El vínculo entre Heathcliff y Catherine Earnshaw trasciende lo romántico para convertirse en una posesión demoníaca, en un "alma gemela" entendida como una misma naturaleza salvaje e indómita.

Cuando Catherine proclama “Yo soy Heathcliff”, no expresa un deseo de unión, sino la aniquilación de los límites del yo. A diferencia de Anna, cuya tragedia es externa (la presión social), la de Catherine es interna: ella elige casarse con el refinado Edgar Linton, traicionando su esencia. El resultado no es un drama social, sino una venganza que se extiende por décadas y dos generaciones. En Brontë, el amor sobrevive a la muerte y se vuelve un fantasma que ronda los páramos, demostrando que la pasión verdadera no conoce ni el tiempo ni la moral.

Frente a esta intensidad casi sobrenatural, Gustave Flaubert nos ofrece en Madame Bovary la contracara más irónica: el amor como una enfermedad de la imaginación. Emma Bovary no ama a Charles, ni al apasionado Rodolphe, ni al frágil León; ella ama la idea del amor, la que ha consumido en novelas románticas baratas. Flaubert construye un retrato despiadado del “amor de otros tiempos” como una construcción literaria falsa, una cursilería que lleva al desastre. Mientras Anna y Heathcliff sienten una pasión real que los destruye, Emma siente una pasión impostada que la aburre y la empuja al adulterio y al endeudamiento. Su suicidio por arsénico no es el sacrificio trágico de una gran pasión, sino la consecuencia de un aburrimiento mortal, de no haber sabido distinguir entre la poesía y la vida.

Sin embargo, la gran novela que resignifica toda esta tradición es, sin duda, El amor en los tiempos del cólera, de Gabriel García Márquez. El escritor colombiano toma el motivo del amor imposible y lo somete a la prueba más cruel: el tiempo. Florentino Ariza no sufre por un matrimonio infeliz como Anna, ni por una traición a su esencia como Catherine, sino por la espera. Durante más de medio siglo, su amor por Fermina Daza es una forma de enfermedad, equiparable al cólera: tiene fiebre, delirios, síntomas físicos. Pero donde Tolstói veía tragedia y Flaubert veía ridiculez, García Márquez ve una posibilidad redentora. Al final, los amantes ancianos navegan en un barco que ondea la bandera del cólera para no tener que desembarcar jamás. El amor ya no es el enemigo de las convenciones sociales, sino una última trinchera contra la vejez y la muerte.

En contraste, Jane Austen ofrece en Orgullo y prejuicio una visión más doméstica pero igualmente aguda de estas tensiones. Aquí, el conflicto no es entre el amor y la sociedad, sino entre el amor y el orgullo personal. Elizabeth Bennet y el señor Darcy deben desaprender sus prejuicios para poder amarse. Austen no idealiza la pasión destructiva; por el contrario, aboga por un amor que sea compatible con la razón y el decoro, una alianza que respete las reglas del juego social sin anular el deseo. Es el triunfo de la sensatez, pero también una crítica a quienes, como la Sra. Bennet, ven el matrimonio solo como una transacción económica.

En el contexto brasileño, autores como Machado de Assis añaden una capa de cinismo a esta reflexión. En Dom Casmurro, el amor de Bento Santiago por Capitu está envenenado por los celos y la ambigüedad. Machado nos muestra que, en el trópico, el amor también es una convención social, pero atravesada por la sospecha y el autoengaño. La famosa pregunta de si Capitu traicionó o no a Bentinho es secundaria; lo que importa es cómo la desconfianza puede destruir un sentimiento desde dentro, sin necesidad de presiones externas ni de fantasmas.

En conclusión, los "amores de otros tiempos" en la novela no son un modelo a imitar, sino un espejo de nuestras propias contradicciones. Desde el romanticismo enfermizo de Brontë hasta el realismo crítico de Flaubert, desde la épica espera de García Márquez hasta la ironía de Machado de Assis, estos libros nos muestran que el amor nunca ha sido solo un sentimiento. Es también un campo de batalla donde se enfrentan la libertad individual, el mandato social, la imaginación y el paso del tiempo. Leerlos hoy nos recuerda que, aunque las costumbres cambien, el corazón humano sigue siendo ese territorio oscuro y fascinante que la gran literatura supo cartografiar como ningún otro arte.

De la tradición oral a la novela: las raíces legendarias del "amor de otros tiempos"

Si en el ensayo anterior exploramos cómo las grandes novelas del siglo XIX y XX construyeron una visión del amor como fuerza trágica, obsesiva o contradictoria, cabe preguntarse ahora: ¿de dónde provienen esas historias? La respuesta nos remonta a un sustrato más antiguo que la novela misma: las leyendas orales que, durante siglos, circularon de boca en boca antes de ser fijadas por escrito. El "amor de otros tiempos" que analizamos en Tolstói, Brontë o García Márquez no nació en el gabinete del escritor, sino en la tradición popular.

El arquetipo fundacional: los amantes malditos por los astros

El tropo más persistente que atraviesa tanto las leyendas orales como la novela decimonónica es el de los "star-crossed lovers" o amantes cruzados por la mala fortuna de los astros. La expresión, acuñada por Shakespeare en el prólogo de Romeo y Julieta —"From forth the fatal loins of these two foes / A pair of star-cross'd lovers take their life"—, cristaliza una creencia astrológica antiquísima: la idea de que los cielos conspiran contra ciertos amores, condenándolos de antemano al fracaso.

Pero Shakespeare no inventó este arquetipo. Lo heredó de una tradición oral que se remonta, al menos, a la mitología mesopotámica y egipcia. Antes de que Romeo y Julieta murieran en Verona, antes de que Heathcliff y Catherine se atormentaran en los páramos, ya existían Piramo y Tisbe (el relato clásico que inspiró directamente a Shakespeare), Hero y Leandro (los amantes separados por el mar), y Tristán e Iseo (la leyenda celta del amor adúltero que anticipa el adulterio trágico de Anna Karénina). Todas estas historias, nacidas en la oralidad, comparten una estructura común: el amor imposible, el obstáculo insalvable y, casi siempre, la muerte como única forma de unión.

Flores y Blancaflor: el amor desigual que viene de Oriente

Un caso paradigmático de cómo una leyenda oral viaja y se transforma hasta alcanzar la literatura es la historia de Flores y Blancaflor. Esta leyenda medieval, que narra el amor entre el hijo de un rey musulmán y la hija de

una cautiva cristiana, tiene sus raíces más probables en cuentos de Las mil y una noches, especialmente en el relato persa de Nima y Num (siglo X).

Los motivos folclóricos que la componen son reconocibles en muchas de las novelas que analizamos: el nacimiento desigual de los amantes, el amor cultivado desde la infancia, la separación forzosa por mandato familiar, la venta de la joven como esclava y la audaz entrada del amado en el harén para rescatarla. La leyenda circuló oralmente por las rutas de peregrinación —un trovador normando pudo haberla conocido en el Camino de Santiago— antes de ser versificada en francés hacia 1150, y más tarde adaptada por Boccaccio en su Filocolo. En este tránsito de lo oral a lo escrito, la historia fue perdiendo su condición de relato popular para convertirse en materia literaria, pero conservó su núcleo temático: el amor que desafía las barreras sociales y religiosas.

Los Amantes de Teruel y Ferhat con Şirin: dos culturas, un mismo arquetipo

El estudio comparativo de las leyendas de Los Amantes de Teruel (España) y Ferhat ile Şirin (Turquía) demuestra hasta qué punto ciertos motivos amorosos trascienden fronteras culturales. Ambas historias, nacidas en la tradición oral, presentan una estructura similar: un joven enamorado que debe superar pruebas impuestas por el padre o tutor de la amada, y que finalmente muere de amor o es asesinado, siendo seguido en la muerte por su amada.

Lo fascinante de este caso es que el paso de la oralidad a la literatura no se produjo una sola vez, sino en múltiples momentos. En España, la leyenda turolense fue recogida por primera vez en un manuscrito de Yagüe de Salas antes de ser consagrada por el drama romántico de Juan Eugenio Hartzenbusch en el siglo XIX. En Turquía, la misma estructura narrativa dio lugar a versiones orales recopiladas por el folclorista Pertev Naili Boratav, y más tarde a la obra teatral de Nazım Hikmet. El romanticismo decimonónico, con su interés por lo popular y lo legendario, rescató estas historias orales y las elevó a la categoría de literatura nacional.

De la leyenda a la novela: el puente romántico

¿Qué relación guardan todas estas leyendas con las novelas que analizamos en el ensayo anterior? El vínculo es el romanticismo del siglo XIX. Autores como Hartzenbusch, Bécquer (con sus Leyendas), o los hermanos Grimm en Alemania, realizaron una labor sistemática de recopilación y reelaboración literaria del folclore oral. Pero no se limitaron a transcribir: transformaron las leyendas según los gustos de su época.

El "amor de otros tiempos" que encontramos en Cumbres Borrascosas (1847) debe mucho a las leyendas de fantasmas y amantes atormentados del folclore inglés, del mismo modo que Madame Bovary (1857) puede leerse como una antileyenda: la crítica a la heroína romántica que confunde el amor real con el amor de las novelas y las canciones populares.

Conclusión: el regreso constante de lo oral

La literatura narrativa no inventó el "amor de otros tiempos". Lo heredó de una tradición oral milenaria que ya había concebido los grandes arquetipos: los amantes separados por la familia, los unidos por la muerte, los destruidos por la diferencia de clase o de fe. Lo que la novela hizo fue interiorizar esos conflictos, llevarlos del escenario exterior (el padre que prohibe, la guerra que separa) al escenario interior (la psicología del personaje, sus dudas, sus contradicciones). Anna Karénina no es simplemente una Tristán del siglo XIX: su tragedia no es solo que ama a un hombre que no es su marido, sino que ella misma no puede aceptar las consecuencias de su propia pasión.

El "amor de otros tiempos", en definitiva, es siempre un diálogo entre lo que la tradición oral legó (los obstáculos externos, el destino trágico) y lo que la novela moderna añadió (la complejidad psicológica, la ambigüedad moral). Las leyendas nos dijeron que el amor podía matar; las novelas nos mostraron cómo mata, lentamente, desde dentro.

El amor que no sabe de calendarios: vigencia del amor a destiempo en la narrativa romántica actual

Hay amores que llegan tarde. No porque los amantes hayan dejado pasar la oportunidad por cobardía o indecisión, sino porque el mundo a su alrededor no está dispuesto a recibirlos. La literatura romántica contemporánea ha heredado de las grandes novelas decimonónicas una fascinación por esta figura: el amor a destiempo, ese sentimiento que brota cuando las circunstancias —un matrimonio infeliz, una enfermedad, una diferencia de edad abismal, o simplemente el peso de una vida ya vivida— parecen haber declarado el corazón en zona prohibida. Lejos de extinguirse, este motivo se ha renovado con fuerza en la narrativa actual, demostrando que la pregunta por "cuándo se debe amar" sigue siendo tan urgente como en los tiempos de Anna Karénina.

El amor a destiempo como categoría literaria contemporánea

Conviene primero delimitar de qué hablamos cuando hablamos de "amor a destiempo" en la literatura actual. No es simplemente un romance complicado o una relación con obstáculos. Es aquella historia en la que el desencuentro no es geográfico ni social, sino fundamentalmente temporal: los protagonistas podrían amarse, pero no ahora, no así, no con las vidas que ya tienen construidas.

Nicholas Sparks, quizás el autor vivo más representativo del género romántico comercial, ha hecho de este tropo su marca registrada. En El cuaderno de Noé (1996), el amor a destiempo se presenta bajo la forma más cruel: el olvido. Allie y Noah se aman en su juventud, se pierden, se reencuentran, y finalmente la enfermedad (el Alzheimer) convierte cada día en un nuevo desencuentro. Sparks retoma la lección de García Márquez —el amor como enfermedad que sobrevive al tiempo— pero la traslada del ámbito metafórico al doméstico. Aquí ya no hay cólera ni barcos con bandera de cuarentena: hay una mujer que cada mañana olvida quién es su marido. El amor a destiempo ya no es una elección trágica, sino una condición biológica contra la que solo cabe la paciencia.

La diferencia de edad: el escándalo silencioso de nuestro tiempo

Otro territorio donde el amor a destiempo se manifiesta con fuerza en la narrativa actual es el de la diferencia de edad significativa. Aquí, los tabúes sociales no han desaparecido, sino que se han desplazado. Mientras que en el siglo XIX el escándalo era el adulterio (Anna Karénina) o la diferencia de clase (Flores y Blancaflor), hoy el escándalo silencioso es la asimetría vital entre dos personas que se aman desde momentos muy distintos de sus vidas.

La serie After de Anna Todd, con toda su carga de melodrama juvenil, explora este territorio desde una perspectiva interesante: Hardin y Tessa no solo chocan por sus personalidades, sino por los tiempos vitales que representan. Él llega con un pasado de autodestrucción; ella, con una hoja de ruta perfectamente planificada. El conflicto central de la saga no es si se aman (eso está claro desde el primer libro), sino si pueden hacerlo al mismo tiempo, si sus procesos de maduración son compatibles. La pregunta de Todd es, en el fondo, la misma que se hacía Flaubert: ¿se puede educar a una persona para que ame como uno necesita ser amado?

El reencuentro después del fracaso: la madurez como territorio amoroso

Quizás la variante más interesante del amor a destiempo en la literatura actual es aquella que protagonizan personas que ya han amado y han fracasado. Autoras como Marian Keyes o Jojo Moyes han construido carreras enteras explorando este territorio: el amor que llega después de un matrimonio roto, una viudez, o simplemente una larga sequía afectiva.

En Yo antes de ti (2012) de Jojo Moyes, el amor a destiempo alcanza una de sus formulaciones más desgarradoras: Louisa Clark y Will Traynor se enamoran cuando él ha decidido morir. No es que lleguen tarde el uno para el otro; es que el tiempo de Will se ha agotado antes de que el amor pueda florecer plenamente. Moyes actualiza aquí un motivo clásico —el amor y la muerte como antagonistas— pero lo sitúa en un contexto contemporáneo (la eutanasia, la dignidad del enfermo terminal) que las novelas del siglo XIX no podían ni imaginar. El resultado es un amor a destiempo que no termina

en suicidio romántico (como Anna Karénina), sino en una decisión ética que los protagonistas toman juntos, con lucidez.

El amor a destiempo en la literatura en español: de la posguerra al presente

En el ámbito hispanohablante, el tratamiento del amor a destiempo ha tenido un desarrollo particular. La literatura de la posguerra española, con figuras como Carmen Laforet (Nada, 1945) o Miguel Delibes (Cinco horas con Mario, 1966), exploró el desencuentro amoroso bajo el peso de la represión franquista. Aquí, el amor a destiempo no era solo una cuestión personal, sino política: amar significaba a menudo transgredir un orden impuesto.

En la narrativa más reciente, autores como Manuel Vilas (que ya mencionaste en otra consulta) han llevado este motivo hacia territorios autobiográficos. En Ordesa (2018) y Alegría (2019), el amor a destiempo se manifiesta como la imposibilidad de amar plenamente a los padres antes de que mueran, o a los hijos después de que se han ido. Vilas escribe desde la conciencia de que el tiempo amoroso no es lineal, sino que está lleno de lagunas y oportunidades perdidas que solo la escritura puede, si no reparar, al menos testimoniar.

¿Qué ha cambiado y qué permanece?

Si comparamos el amor a destiempo de las novelas decimonónicas con el de la narrativa romántica actual, podemos identificar dos grandes diferencias y una profunda continuidad.

Lo que ha cambiado:

1. La fuente del conflicto: En el siglo XIX, los obstáculos eran predominantemente externos (la familia, la clase social, el matrimonio concertado). En la actualidad, los obstáculos son mayoritariamente internos (los traumas, las inseguridades, los procesos personales inconclusos). El enemigo del amor ya no es tanto la sociedad como uno mismo.

2. El final posible: Mientras que la novela clásica tendía al desenlace trágico (la muerte como única salida), la narrativa contemporánea ha abierto el abanico de finales posibles. El amor a destiempo puede terminar en separación digna, en amistad post-romance, o en una convivencia consciente de sus límites. La exigencia del "para siempre" ha sido sustituida por la pregunta más modesta: "¿podemos amarnos ahora, mientras dure este ahora?".

Lo que permanece:

La conciencia de que el amor no obedece al tiempo cronológico. Como ya sabían las leyendas orales y lo refinaron las grandes novelas, el corazón humano tiene su propio ritmo, y ese ritmo rara vez coincide con los calendarios sociales, los proyectos de vida o las expectativas familiares. La literatura romántica actual, en sus versiones más populares y en sus expresiones más literarias, sigue siendo el laboratorio donde ensayamos las preguntas incómodas: ¿se puede amar cuando ya es tarde? ¿Se debe dejar de amar porque el mundo dice que no toca? ¿Acaso el amor pide permiso?

Conclusión: el amor a destiempo como resistencia

La vigencia del amor a destiempo en la narrativa romántica actual no es un accidente comercial ni una moda pasajera. Es, más bien, el síntoma de una cultura que ha hecho de la inmediatez y la planificación sus valores centrales. En un mundo donde los calendarios laborales, las aplicaciones de citas y los proyectos de vida parecen haber colonizado hasta el último rincón del deseo, el amor que llega cuando no debe llega se convierte en un acto de resistencia simbólica. Leer estas historias nos recuerda algo que la literatura nunca ha dejado de decir: el amor no es eficiente, no es programable, y precisamente por eso —porque nos desordena, porque nos hace vulnerables— sigue mereciendo ser contado.

Rosamary Argüelles García

Ensayo

La Elegancia de Olvidar

Una filosofía íntima sobre el amor, la pérdida y la lucidez

¿Amores de otros tiempos?

Me descubro hoy interrogando esa frase con la curiosidad distante de quien examina una moneda antigua: desgastada, irreconocible, pero cargada de un valor que ya no circula.

¿Amé alguna vez de verdad? No sé si en otros tiempos amé… o si simplemente ya no puedo recordarlo. Tal vez sí. O tal vez la memoria ha decidido que ciertas verdades carecen de utilidad en el presente.

He vivido lo suficiente —o lo bastante intensamente— como para escribir una novela. Tal vez algún día lo haga. Aunque sospecho que, si llegara a escribirla, no sería un acto de memoria, sino de reconstrucción: una ficción hecha con los restos de lo que decidí olvidar.

Existe una forma de elegancia en el olvido. No el olvido ingenuo, sino el olvido deliberado. Ese que no borra los hechos, pero sí les retira el acceso a la conciencia.

Porque hay dolores que no se superan: se archivan.

Se entierran con disciplina casi quirúrgica en algún rincón de la conciencia donde no molesten demasiado. Y con el tiempo, uno se vuelve experto en negar su existencia. Si no lo recuerdo, no pasó —me digo, con una sonrisa ligera que no logra convencer del todo.

Evito el tema con elegancia. No es que me cueste hablar de pasión… es que he decidido no necesitarla.

Hubo un tiempo —en que la pasión era una forma de vértigo: desordenaba los sentidos, nublaba el juicio y convertía cualquier gesto en absoluto. Era

hermosa, sí, pero también brutal. Una fuerza que no sabía distinguir entre lo sublime y lo destructivo. Hubo un tiempo — en que amar implicaba perderse. En que el desorden era celebrado como autenticidad y el dolor como prueba de intensidad. Pero la pasión es una visitante indisciplinada. No conoce límites, no respeta estructuras, y rara vez abandona un espacio sin dejar ruinas.

He elegido, entonces, otra forma de vínculo.

Ahora prefiero otra cosa. Un espacio emocional donde el amor no irrumpe, sino que se instala con discreción. Donde la ternura ha reemplazado al incendio, y la estabilidad ha desplazado al vértigo. La pasión —aquella fuerza que desorganiza la razón y eleva lo efímero a categoría de absoluto— me resulta ahora lejana. No inexistente, pero sí innecesaria. Quizás he perdido intensidad, pero he ganado paz. Y la paz, aunque menos celebrada en la literatura, tiene una dignidad que la pasión desconoce.

A veces, sin embargo, aparece una sensación incómoda: una leve oquedad. No exactamente tristeza, sino algo más sutil… como si al protegerme hubiera dejado fuera una parte esencial de mí misma. Como si la coraza no solo detuviera el dolor, sino también la posibilidad de sentir plenamente.

Entonces surge la duda:

¿Fui yo quien vivió aquellos amores?

¿O estoy recordando la vida de alguien más?

Los recuerdos —cuando se atreven a insinuarse— llegan con una cualidad extraña, casi ajena. No parecen propios. Y, sin embargo, basta acercarse un poco, apenas abrir la puerta, para descubrir que siguen ahí… intactos, sensibles, peligrosamente vivos. Por eso elijo no entrar.

He amado… creo. O tal vez fui amada. No estoy completamente segura. En el fondo, esas distinciones pierden importancia cuando el saldo emocional

es ambiguo: belleza y dolor, siempre entrelazados. Porque sí, hubo mucho dolor.

Y sería ingenuo negar que de ese dolor nace algo fértil. La mente se vuelve aguda, la percepción más profunda, la capacidad de creación se expande. El sufrimiento, bien administrado, puede convertirse en materia intelectual, en arte, en discurso.

Pero es un terreno peligroso. Un equilibrio inestable entre la lucidez y la autodestrucción. Es como una droga refinada: ofrece claridad a cambio de desgaste. Y uno corre el riesgo de acostumbrarse demasiado a esa intensidad, de necesitarla incluso, olvidando que no todo conocimiento justifica la herida que lo origina.

Por eso elegí otra forma de existir. Menos brillante, quizás. Pero más habitable. No quiero recordar los amores de otros tiempos. Prefiero esta calma imperfecta, esta ternura sin vértigo, esta distancia que me protege incluso de mí misma.

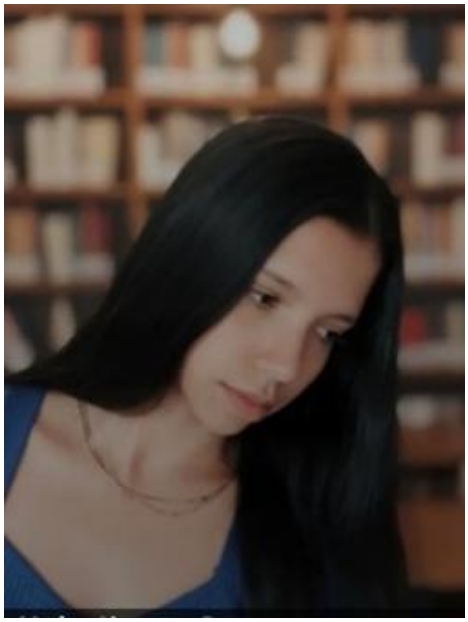
Aunque, en ocasiones muy raras —casi imperceptibles—, me pregunto si el precio de no sentir dolor ha sido, también, dejar de sentir algo más.

Y esa duda… Esa duda es lo único que aún no he logrado olvidar. No me he vuelto insensible. Esa es una ilusión conveniente. Lo que he desarrollado es algo más sofisticado: una forma de distanciamiento emocional funcional. Una capacidad de observar sin involucrarme, de recordar sin revivir, de nombrar sin sentir.

Dianisley Pérez

Entrevista

ENTREVISTA A: Maday Almaguer



– ¿Cuándo y por qué comenzaste a escribir?

Empecé a escribir hace apenas unos años; no recuerdo exactamente la fecha. Aún me siento una inexperta en este mundo de la literatura. Cada día se aprende algo nuevo, así que me falta mucho por conocer.

– ¿Cuáles fueron tus referentes en la escritura?

Empecé leyendo mucho a Mario Benedetti, a Borges y también a algunos filósofos como Aristóteles o Platón, entre otros. Digamos que, más que apegarme a una lectura en específico, me gusta leer de todo un poco.

– ¿Cuál es tu sueño como escritora?

Bueno, como escritora puede que sea un sueño algo ambicioso, pero mi deseo es, en alguna ocasión, ser reconocida al menos en mi país, o algo más profundo: que mis lectores lleguen a verse reflejados en lo que escribo.

– ¿Cuál es tu mayor reto a la hora de escribir?

Mi mayor reto ahorita es mejorar tanto mi ortografía como distinguir bien los formatos. Me gustaría adentrarme más en este mundo hasta sentir esa satisfacción de haber mejorado en lo que me falta aún.

– ¿Qué le recomiendas a los jóvenes escritores de estos tiempos?

Pues que en esta era digital llena de ruido no se dejen engañar. Últimamente está de moda la IA y muchos creen que ganarán algo si la usan para sus textos, pero no hay nada igual como lo humano. Créanme, en esta era digital necesitamos el sentir de nuestras plumas, la originalidad de nuestras letras. Si es necesario, antes de escribir apaga tus notificaciones, céntrate en lo que

ves y puedas sentir; esto te hará auténtico y podrás llegar de verdad al corazón de tus lectores.

– ¿Puedes compartirnos el poema de tu autoría preferido por ti?

La verdad, me gustaría compartir dos, ya que son breves. Uno de ellos es mi primer poema; es algo sentimental al ser mi primera creación.

Mi primer poema

La belleza de una flor
no tiene comparación
con la dulzura de tus ojos
y el amor en tu corazón.
Acá mejor me quedo
componiendo para vos,
que sos mi musa
y das inspiración.

Uno más reciente
Tomaré hasta saciarme
del rocío de tu mirada,
haré que te olvides del resto
como trueque ante mi sed.
Seré la dueña de tus pestañas,
tu tiempo se perderá en mi red.
Vos serás, a cambio, mi musa
y el asombro de mis letras,
las que te obliguen a volver a creer.

Clifin Literario

Amores de otros tiempos

*

REVISTA

Clixin Literario

ABRIL DE 2026

Revisado por Anniabel Martínez Gómez e Isbel Hernández Monteagudo

Maquetado por Maikro Chávez Moya

Las imágenes de la portada y contraportadas han sido diseñadas con la ayuda de Google Gemini.

…

©Todos los derechos reservados